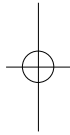


CAPÍTULO I



El ataque



Sentado en la mullida arena de la mayor playa artificial de Medusa, Martín oteaba el horizonte. Una vela solar centelleaba en la lejanía, inmóvil bajo el calor sofocante del verano mediterráneo. Martín sabía que a bordo de aquel velero se encontraba su madre, que había salido a recoger muestras de microalgas al amanecer, como todas las mañanas. Hacía casi un mes que había retomado sus trabajos de ingeniería genética en la ciudad sumergida, cediendo a la insistencia de George Herbert, el presidente de la corporación Prometeo. Después de todo, era una forma tan buena como cualquier otra de matar el tiempo mientras esperaba a Andrei, su marido, finalmente liberado de la prisión de Caershid.

Andrei Lem había resistido relativamente bien los largos años de cautiverio en la prisión orbital, pero la ausencia de gravedad y las duras condiciones de aquella cárcel donde se pudrían los antiguos líderes del movimiento antiglobalización



habían hecho mella en su salud, y los médicos de la corporación Uriel que lo habían examinado después de su salida de prisión habían concluido que un descenso inmediato a la Tierra le resultaría perjudicial. Según su diagnóstico, la musculatura de Andrei se encontraba demasiado debilitada, y tardaría algún tiempo en adaptarse al campo gravitatorio terrestre. Por ese motivo, el padre de Martín llevaba tres meses recuperándose en una clínica de reposo en la ciudad marciana de Arendel, bajo la atenta supervisión del médico personal de Diana Scholem. Esta, además, le había incluido en el equipo de ingenieros informáticos que trabajaban en la creación de una nave espacial «einsteniana» que, una vez terminada, podría alcanzar hasta un tercio de la velocidad de la luz. Se trataba, por tanto, de la nave más rápida jamás creada por el hombre, y su tecnología se basaba en una novedosa combinación de motores de antimateria con una base impulsora en forma de tijera que se estaba construyendo en la órbita marciana. Una vez terminada, la nave supondría un paso de gigante en la colonización del sistema solar por parte de los seres humanos... Pero su principal misión, según los planes de Diana Scholem, consistiría en sentar las bases para construir la gigantesca estructura que aparecía en los planos del mensaje extraterrestre descifrado por el equipo de Selene.

Aunque nadie entendía aún de un modo preciso la función de aquel diseño, los técnicos de Prometeo que trabajaban sobre él comenzaban a tener ciertas sospechas acerca de su verdadera finalidad. Había sido su jefe, George Herbert, quien les había puesto sobre la pista. Desde el primer momento, Herbert había detectado numerosos puntos de coincidencia entre los planos del ingenio extraterrestre y la tecnología de su esfera. Eso le había llevado a la conclusión de que, probablemente, la

misión de aquel mecanismo fuese estabilizar agujeros de gusano de gran tamaño; algo parecido a lo que hacía su propia máquina del tiempo, aunque mucho más complejo y sofisticado.

En cualquier caso, los planos extraterrestres iban acompañados de instrucciones muy concretas acerca del lugar exacto donde debía construirse la estructura. Se trataba de un punto situado en los confines del sistema solar, muy cerca de Caronte, la luna de Plutón. Así pues, para construir la estructura alienígena, lo primero era encontrar una forma rápida y eficaz de trasladar hombres y materiales al satélite Caronte; algo que, con las naves interplanetarias corrientes, resultaría totalmente ruinoso... Ese había sido el motivo de que Diana Scholem hubiese embarcado a su corporación en el diseño de una nave einsteniana, con el apoyo de Herbert y de la corporación Prometeo. Una decisión que el resto de las corporaciones no se había tomado demasiado bien, ya que se sentían excluidas de aquella nueva fase de la carrera espacial.

Para Martín y para su madre, el aplazamiento del reencuentro con Andrei había supuesto un duro golpe. Incluso habían pensado en viajar a Marte para reunirse con él, pero el propio Andrei se lo había desaconsejado. Quería que lo vieran en el mejor estado posible, para evitarles preocupaciones. Andrei siempre había sido así, pensó Martín con un suspiro: confiaba mucho en su propia fortaleza y muy poco en la de los demás. Resultaba un tanto irritante para los que le rodeaban, pero no iba a cambiar a esas alturas de su vida... De modo que lo único que cabía hacer era aceptar sus condiciones y esperar pacientemente a que los médicos le dieran permiso para regresar a la Tierra.

Sin embargo, no podían esperar eternamente. En los hologramas de la llave del tiempo, después de los acontecimien-

tos de la Ciudad Roja, había comenzado a brillar una fecha que planeaba sobre Martín y sus amigos como una nube amenazadora. Una fecha lejana, lejanísima... situada a casi mil años de distancia: el 12 de agosto del año 3075. La fecha en que los ictios esperaban su regreso; porque de eso se trataba, en definitiva. La misión de la llave del tiempo había concluido, y tenían que regresar a la época a la que pertenecían, al inquietante futuro donde vivían sus verdaderas familias, y donde millones de personas aguardaban expectantes el resultado de su expedición al pasado.

Pero no había necesidad de apresurarse, se dijo Martín, repitiéndose mentalmente aquel argumento que ya había formulado en voz alta mil veces. Al fin y al cabo, daba lo mismo el momento de la partida, con tal de que Herbert programase la esfera para que el agujero de gusano los dejara en el verano del 3075. Podían permanecer en el futuro el tiempo justo para informar a los ictios del resultado de su misión y regresar de inmediato a Medusa, a la misma fecha de su partida. Eso no era lo que los organizadores de la expedición habían planeado, desde luego; y sus verdaderos padres se llevarían una sorpresa mayúscula si se despedían de ellos un par de horas después de haberlos conocido. Pero, a fin de cuentas, ¿qué derecho tenían a reclamarles nada? Ellos habían elaborado sus planes pensando únicamente en su conveniencia, y programando una fecha de regreso tan cercana a la fecha de partida de la expedición, que los padres de los muchachos prácticamente no tendrían tiempo de sufrir por su ausencia. Se habrían perdido su infancia, eso sí; y ellos sabían que los hijos que iban a recuperar habían crecido con extraños a los que jamás conocerían. Pero todavía tendrían tiempo de influir en ellos y de ganarse su cariño, ya que, según sus cálculos, a su regreso aún serían unos adolescentes.

Martín sonrió distraídamente imaginándose la cara que pondría Erec de Quíos, su padre biológico, cuando le informase de que no pensaba quedarse a vivir en el futuro seguramente se sentiría dolido y no aceptaría de inmediato su decisión, en cualquier caso, tendría que resignarse. Si la felicidad de su hijo le importaba algo, terminaría comprendiendo... El ruido amortiguado de unos pasos sobre la arena le hizo salir bruscamente de sus ensoñaciones.

Se volvió, algo molesto por la interrupción. Jacob y Alejandra caminaban hacia él, y ninguno de los dos parecía alegre. En silencio, se sentaron a su lado sobre la arena seca y grisácea, y se quedaron callados largo rato contemplando la huella húmeda que dejaban las olas al retirarse de la playa.

—Estaba pensando en lo que comentábamos el otro día —dijo Martín—. Lo de viajar al futuro, estar allí el tiempo justo para contarles a los ictios lo que hemos averiguado y volvernos. Después de todo, eso no influiría para nada en el resultado de la misión, y los ictios se lo tienen bien merecido, por habernos utilizado como lo han hecho.

—¿Los ictios en general? —dijo Jacob, torciendo el gesto—. No creo que les importe. En realidad, tú estás pensando en nuestras familias; en nuestros padres...

Martín hundió los dedos en la arena para extraer una concha pequeña e irisada, desgastada por los vaivenes del mar.

—Bueno, ¿y qué? ¿No tengo razón? Es lo que se merecen. Y yo quiero decidir dónde y cómo quiero vivir. No quiero renunciar a todo por una gente a la que ni siquiera conozco.

—Si hacemos lo que dices, quizá nunca consigamos regresar —dijo Jacob—. Puede que los ictios no nos dejen utilizar la esfera, o que esta haya caído en manos de los perfectos.

Ma rún, acuérdate del tipo que te amenazó a través del agujero de gusano... No podemos confiar en que nos dejen volver.

Se hizo un breve silencio, durante el cual Jacob se dedicó a trazar una línea con el dedo sobre la arena húmeda.

—Además, hay otra cosa —añadió con desgana—. En mi opinión, deberíamos hacer ese viaje lo antes posible. Es lo más seguro...

Martín y Alejandra lo miraron con curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó Alejandra—. ¿Qué es lo que sabes?

—Las cosas se están poniendo muy feas —repuso Jacob evasivamente—. Los planes espaciales de Uriel y Prometeo han puesto contra ellos al resto de las corporaciones, y también a las federaciones transnacionales. Ya conocéis los rumores que circulan por la red. Hay un montón de gente que piensa que la estructura de los planos extraterrestres representa, en realidad, una puerta de conexión con su mundo. Si la construimos, podríamos ser invadidos...

—Tonterías —le interrumpió Martín con impaciencia.

Jacob se encogió de hombros.

—Seguramente. Pero tampoco es algo disparatado... Diana y Herbert se están precipitando, y la gente tiene miedo.

—Bueno, nosotros sabemos que los extraterrestres no van a invadirnos ni nada por el estilo —reflexionó Alejandra—. Si lo hubieran hecho, vosotros no estaríais aquí, ni existirían los ictios, ni las otras civilizaciones del futuro de las que nos han hablado. Eso significa que no hay peligro...

—Quizá no nos invadan porque, al final, la estructura extraterrestre no se construya —objetó Jacob—. Es posible que Uriel y Prometeo no logren salirse con la suya. En todo caso, estamos viviendo unos momentos muy inciertos.

—¿Y no puedes utilizar tu Memoria del Futuro para ayudarnos a decidir? —preguntó Martín—. Tú sabes cosas, Jacob; cosas que nos estás ocultando... Dinos la verdad: ¿qué va a pasar con esos planos extraterrestres?

Jacob arrojó una piedra al mar con gesto contrariado.

—No tengo ni idea —confesó—. En mis recuerdos del futuro no aparece nada relacionado con el mensaje extraterrestre. Y mi padre, Saúl, tampoco sabe nada del asunto... Es como si la Humanidad hubiese olvidado completamente todo lo relacionado con ese mensaje.

Martín permaneció un momento abstraído, escuchando el rumor hipnótico del oleaje.

—¿No va a venir? —preguntó.

Jacob lanzó otra piedrecita al agua, esta vez con una violencia que sobresaltó a sus compañeros.

—Saúl va por libre —murmuró, adivinando a quién se refería su compañero—. No es precisamente un padre modelo... Nos comunicamos casi a diario, pero creo que eso es más que suficiente para él. No parece ansioso por estar conmigo; ni siquiera parece interesado.

—Saúl ha sufrido mucho todos estos años —argumentó Alejandra—. No puedes esperar que se comporte como un padre normal...

—Está chalado —afirmó Jacob despiadadamente—. La ciudad de El Templo le obsesiona, y no hay forma de sacarlo de allí. Ha soñado con esas ruinas durante años, y ahora, mágicamente, esas ruinas han cobrado vida ante sus ojos. Está viviendo en una especie de cuento de hadas para arqueólogos... Comparado con eso, yo no significo nada.

—No hables así, Jacob —le reprochó Alejandra—. Después de todo, nos salvó la vida.

—A estas alturas, ya no sé si lo hizo por nosotros o por asegurar el resultado de su maldita misión.

Jacob había pronunciado aquellas palabras con una dureza que sorprendió a sus amigos. Martín observó de reojo su perfil delicado, con el reflejo del sol de la tarde en sus cabellos dorados y en el iris verdoso de su ojo derecho. Era extraño: a pesar de haber activado el programa de la Memoria del Futuro, Jacob seguía siendo uno de ellos. Pese a todo lo que sabía y al borrado de su pasado afectivo, no se identificaba en absoluto con los ictios. Conocer a Saúl había representado una gran conmoción para él, y también una gran decepción. Su verdadero padre no le había dado lo que esperaba... Alejandra, Martín y Casandra le habían aportado mucho más. Y también Selene, por supuesto.

—¿Sabéis que por fin ha encontrado lo que buscaba? —dijo de pronto, sonriendo al mar con amargura.

Las miradas de Alejandra y Martín se encontraron en silencio. No estaban muy seguros de entender a qué se refería Jacob.

—¿El escondite del jeque Ishid? —preguntó Alejandra tímidamente.

Jacob asintió, con los ojos tercamente fijos en las olas.

—Sí, el escondite del jeque —confirmó a media voz—. Y dentro estaba el dije. Se encontraba protegido por sistemas de incomunicación muy sofisticados, y conectado a trampas de infrarrojos que alteraban las pistas. Pero esos eran obstáculos de poca importancia para él. Lo principal es que el príncipe Jafed le ha dejado moverse a sus anchas, sin cortapisas... Lo demás, ha resultado relativamente sencillo.

Martín y Alejandra lo miraban asombrados, y él, incómodo, cogió otro guijarro del suelo y lo arrojó planeando al agua.

—¿Y qué ha hecho con el dije? —preguntó finalmente Martín—. ¿Va a devolvérselo?

Jacob se volvió hacia él con una mueca de desdén en la cara.

—¿Quieres saber qué ha hecho? Yo te lo diré. Ha hecho algo completamente absurdo... Lo ha sacado del refugio de Ishid, junto con el resto de los documentos que había allí, y lo ha colocado todo en otro búnker subterráneo... En el lugar exacto donde él y su equipo lo encontrarán dentro de mil años.

Para controlar su irritación, Jacob se puso bruscamente en pie y dio unos pasos hasta la franja de arena mojada de la playa. Una vez allí, se quitó los zapatos y empezó a caminar al borde de las olas. Martín y Alejandra, sin mediar palabra, lo siguieron. Lo que acababa de revelarles su amigo no tenía ningún sentido para ellos.

—¿Quieres decir que Saúl ha enterrado el dije en ese sitio para encontrarlo allí dentro de mil años? —repitió Martín, incrédulo—. Pero ¿por qué lo ha hecho? Si él ya sabe que, de todas formas, va a acabar allí...

—No confía en el azar —repuso Jacob, acelerando un poco el ritmo de sus pasos—. El dije no estaba donde él esperaba encontrarlo, y eso le ha roto todos los esquemas. Así que ha decidido colocarlo en el sitio indicado, para simplificar las cosas.

Los tres avanzaron unos segundos en silencio.

—Supongo que es una razón tan buena como otra cualquiera —murmuró Martín—. Resulta chocante, pero tampoco es muy diferente de lo que hemos hecho nosotros al cumplir las misiones de la llave del tiempo. Pensadlo un poco: utilizamos la información que tenemos del futuro para deci-

dir nuestras acciones en esta época. Y esas acciones, a su vez, condicionan el futuro...

—Sí, ya lo he pensado muchas veces —coincidió Jacob—. Es un maldito círculo vicioso.

—Pues yo, lo que sigo sin entender es qué hacía el dije en el refugio secreto de Ishid —intervino Alejandra—. ¿Por qué ordenó que nos lo robaran? Supongo que tendría pensado utilizarlo para algo...

—Saúl ha encontrado un documento secreto relacionado con él —explicó Jacob de mala gana—. Parece ser que Hiden le había pedido que nos lo robase para extraer el virus informático que creó Selene del chip que contenía. Y luego, a partir de ese virus, fabricaron los navegadores que se utilizaron en la final de Arena... Ishid le envió una copia del virus a Hiden, pero él se quedó con el chip original. Pensaba utilizarlo para sus propios fines, después de derrocar a su hermano Jafed. Tenía grandes planes. Pero, afortunadamente, ya nunca podrá realizarlos.

Habían llegado hasta una escollera de piedra artificial tapizada de algas verdes y de lapas. En un remanso de agua, vieron un cangrejo negro que avanzaba de lado, apoyándose de puntillas en el fondo rocoso. Alejandra introdujo un dedo en el agua, y el cangrejo, después de un instante de duda, trepó al borde de la charca y se alejó rápidamente por el costado grisáceo de la piedra.

—Estoy harto —proclamó súbitamente Martín—. Haré de romperme la cabeza intentando averiguar qué es lo que debo hacer, qué es lo mejor para todos... Creo que voy a empezar a actuar como Saúl; a moverme por intuiciones, o por impulsos, como queráis llamarlo.

—O sea, a hacer lo que te dé la gana —tradujo Alejandra.

Algo en el tono de su voz molestó al muchacho.

—¿Por qué no? —replicó, volviéndose hacia ella—. Eso no significa que no vaya a tenerte en cuenta a ti, ni a mi madre, ni a las personas que quiero...

—Ya. Lo que significa es que no vas a tener en cuenta a los ictios.

Jacob había pronunciado aquellas palabras en tono desapasionado, pero Martín advirtió, bajo aquella aparente frialdad, una honda preocupación.

—Oye, tú mismo has dicho hace un momento que Saúl está chalado —murmuró, a la defensiva—. A lo mejor, todos lo están... Reconoce que hay que estar un poco loco para enviar a unos recién nacidos al pasado, como hicieron ellos. Pero, de todas formas, no es necesario queelijamos entre lo que ellos quieren y lo que nosotros queremos. Podemos compaginar las dos cosas... Hay una manera.

Los ojos le brillaban, y sus amigos lo observaron con interés.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Alejandra.

—De jugar con el tiempo. Para eso tenemos una máquina del tiempo, ¿no? No me miréis así; mi idea es muy sencilla... Podemos vivir en esta época todo el tiempo que queramos. Y dentro de muchos años, cuando seamos viejos, nos iremos todos a hacerles una visita de cortesía a los ictios. La llave señala en qué fecha nos esperan, pero no dice nada acerca de la edad que debemos tener cuando lleguemos. ¿Qué más da que tengamos dieciocho que ochenta y ocho? Ellos tendrán la información que quieren en el momento que ellos mismos eligieron, y, lo demás, no creo que les importe.

Alejandra clavó en él una mirada llena de reproche.

—Martín, estás hablando de tus verdaderos padres —le recordó con cierta aspereza—. De Erec de Quíos, ¿recuerdas?

Has hablado con él cientos de veces a través del Tapiz de las Batallas.

Martín frunció el ceño, obstinado.

—No era él —gruñó—. No era más que un holograma que reproducía su imagen.

—Pero había mucho del verdadero Erec en ese holograma —insistió Alejandra—. Muchas enseñanzas, recuerdos... ¿Es que eso no significa nada para ti?

Ma rtín permaneció callado, observando una masa de algas gelatinosas.

—Nunca me ha hablado de mi madre —musitó—. Me refiero a mi madre verdadera... ¿Por qué? Es raro, ¿no os parece?

Los otros asintieron, pensativos.

—Hay tantas cosas que no sabemos... Demasiadas —observó Martín, mirando de reojo a Jacob.

El muchacho asintió, apesadumbrado. Había captado la expresión inquisitiva de su compañero.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Que yo soy el que más sabe, porque he activado el programa de borrado de memoria. Es verdad que eso me da acceso a un montón de información... Pero no siempre sé cómo interpretarla. Los datos de que dispongo son los que tenían los ictios, y ya sabéis que sus informaciones acerca de esta época se encuentran llenas de lagunas. Ignoran las fechas exactas de muchos de los acontecimientos importantes que se produjeron después... No sé, todo es bastante confuso.

En el horizonte, la vela solar de Sofía Lem reverberaba, teñida de plata, bajo el sol estival.

—Pero una cosa sí puedo deciros —añadió Jacob, después de reflexionar un instante—. Tu plan de posponer el viaje al futuro no es buena idea, Martín. Si retrasamos mucho

ese viaje, lo más probable es que no podamos hacerlo nunca. La esfera va a ser destruida.

Martín notó el estremecimiento de Alejandra, cuyo brazo rozaba el suyo.

—¿Cuándo? —preguntó, en tono apagado.

Jacob esbozó un gesto de impaciencia.

—Eso es precisamente lo que no sé —repuso, inquieto—. Puede que sea dentro de cien años, pero también podría ser mañana mismo. Todo lo que tengo es una imagen de La Pagoda en ruinas, con bancos de peces plateados nadando alrededor de sus paredes semiderruidas. Una imagen que, para los ictios, es antigua: procede de un holograma del año 2187, milagrosamente conservado en un chip de la época. Se encontró en una excavación arqueológica próxima a la actual Azur... Ya sabéis, no muy lejos de aquí.

—O sea, que la esfera va a ser destruida en alguna fecha entre hoy y el año 2187 —resumió Martín—. No es una información muy precisa, que digamos.

Jacob se sentó pesadamente sobre una de las rocas húmedas de la escollera.

—Es todo lo que tenemos —dijo en tono cansado.

—No, no es todo —le contradijo Alejandra—. También sabemos lo que está pasando ahora mismo en el mundo. El otro día, un ataque terrorista en Kukulcán dejó más de dos mil muertos. Y varias ciudades europeas han sufrido ataques biológicos... La situación empeora día a día. Es como al principio de la Gran Guerra. Nadie sabe exactamente quién está detrás de los ataques, pero tampoco parece importar demasiado. Son la excusa perfecta para saldar cuentas con viejos enemigos... Este mundo se está volviendo cada día más peligroso.

Martín se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿tú crees que deberíamos irnos?

Ella bajó los ojos con expresión desamparada.

—Sabes que yo iré contigo —murmuró—. Y también sabes que va a ser algo bastante duro para mí... Pero creo que Jacob tiene razón. Si hay que hacerlo, hagámoslo lo antes posible. De lo contrario, ¿quién sabe lo que puede pasar!

Martín, en cuclillas junto a la roca donde se había sentado Jacob, removi6 con aire ausente un penacho de algas negras que flotaba a ras de agua.

—Tampoco tenemos que precipitarnos —repuso, fijándose en el borde espumoso de una ola que acababa de romper contra la escollera—. Antes de dar un paso como ese, tenemos que pensárnoslo bien. Además, yo no pienso irme sin haber visto a mi padre... Quiero decir, a Andrei.

Alejandra y Jacob no dijeron nada. Después de años de separación, Martín estaba a punto de volver a reunirse con su padre adoptivo, y nadie podía reprocharle que aquello fuese para él más importante que la misión de los ictios.

—También deberíamos localizar a Leo antes de irnos —reflexionó Jacob, volviendo la cabeza maquinalmente hacia las cúpulas transparentes de Medusa, que se encontraban a su espalda—. Estoy preocupado por él; es como si se lo hubiese tragado la tierra. Desde la final de los Juegos no ha vuelto a enviar ningún mensaje, ni tampoco hemos podido localizarlo en Virtualnet... No sé; algo me dice que está en peligro.

Martín sintió un nudo en la boca del est6mago al pensar que el androide podía encontrarse en apuros por haberle ayudado a librarse del virus que Hiden había introducido en su cerebro.

—Probablemente se lo hayan llevado a Chernograd —razonó Alejandra—. De todas formas, no creo que Hiden sepa

todo lo que Leo ha hecho por nosotros desde que abandonamos la isla. Si lo supiese, lo desguazaría...

—¡Es posible que lo haya hecho! —gruñó Jacob, poniéndose en pie bruscamente.

El muchacho descendió de las rocas con precaución y comenzó a caminar de nuevo por la playa. Martín lo siguió, apresurando el paso, pero Alejandra aún se demoró unos instantes sobre la escollera antes de reunirse con ellos.

—Quizá deberías consultar con tu padre acerca de lo que debemos hacer —sugirió la muchacha mirando a Martín—. Me refiero a Erec, tu padre biológico; o, más bien, a su holograma... Hace tiempo que no te conectas al tapiz. Su opinión podría ayudarnos a decidir.

—Hablo con Erec todos los días —repuso Martín con los ojos fijos en la arena que iba pisando—. No necesito conectarme al tapiz... Cuando el tapiz me transmitió el virus, también me transmitió algo más. Me pasó toda la información que contiene. Los hologramas de los Caballeros del Silencio ahora están en mi cabeza. Tardé bastante tiempo en comprenderlo. La primera vez que se me aparecieron fue durante la final de Arena. Gracias a su aparición, me di cuenta de que la espada de Erec y la mía no eran iguales. Entonces creí que había sido una alucinación, o un truco del Baku. Pero no... Ellos están ahí, en mi mente. Es decir, están los programas que almacenan sus recuerdos y sus consejos.

—Pero utilizaste el tapiz para hablar con el holograma de Aedh —le recordó Alejandra.

Martín asintió.

—Entonces aún no sabía que los llevaba conmigo. Lo que ocurre es que, sin la interfaz del tapiz, acceder a ellos resulta más complicado. Tengo que encontrarme en un estado

de relajación absoluta, y eso no ocurre muy a menudo. Por eso, casi siempre se me aparecen en sueños. Erec se me aparece todas las noches. A veces no me dice nada, simplemente se sienta callado junto a mí y me acaricia la cabeza. Resulta desconcertante... ¡después de todo, no deja de ser un estúpido programa informático!

—Estás irritado con el Erec del tapiz porque no es un ser humano de verdad —interpretó su amiga, pensativa—. Pero el Erec real no tiene la culpa, Martín. Únicamente, ha utilizado la tecnología de su época para comunicarse contigo, igual que nosotros utilizamos Internet o la rueda neural.

Martín sacudió lentamente la cabeza.

—No sé —murmuró—. A lo mejor soy injusto, pero los sentimientos son irracionales...

Iba a añadir algo más, cuando un fino destello luminoso atravesó el cielo como una centella, dejando una estela curva tras de sí.

—¿Qué es eso? —preguntó Alejandra, volviéndose inquieta hacia las cúpulas de la ciudad.

El destello se había hundido en el mar muy cerca de la cúpula principal de Medusa. Pocos segundos más tarde, un segundo destello recorrió la misma trayectoria, dejando, esta vez, una estela aún más brillante y larga en la atmósfera.

—Misiles inteligentes —murmuró Jacob, observando petrificado la marca de luz sobre el horizonte—. Alguien está atacando...

No llegó a terminar la frase. Al otro lado de la estrecha franja de mar que los separaba de la ciudad, una grieta zigzagueante rasgó la cúpula central de Medusa, mientras a sus oídos llegaban, amortiguados por la distancia, los ecos del resquebrajamiento del cristal.